

EXCURSIONES A JAIZKIBEL

Jesús Fernández

La mejor forma de pasar un día de fiesta para mis padres era salir al monte, siempre y cuando mi aita librara en el trabajo. En este caso la ama preparaba la víspera la comida en la que no podía faltar una hermosa tortilla de patatas.

Había que madrugar para salir temprano a enfrentarse con las rampa de subida al Jaizkibel, dura subida que a pesar de nuestra corta edad era de disfrute total ya que en esas excursiones, acompañados por todos los hermanos y amigos, todo era un continuo juego corriendo y saltando sin recibir prácticamente ningún reproche de los aitas, de esos de ... estate quieto, no corras, dame la mano que te vas a perder, etc. que era lo que pasaba cuando los paseos eran por el pueblo.

Al acercarnos a la vega de Iztieta con sus huertas cercadas por la carretera general y el río se percibía el aroma inconfundible de Olibet con sus galleta "María" y según avanzábamos hacia la estación del tren nos invadía otro olor más penetrante y menos agradable proveniente de la Alcoholera. Me costó entender a qué se refería el nombre de alcoholera, en mi ingenuidad infantil creía que fabricarían vinos, licores, cosas por el estilo, hasta que un amigo de mi padre, que trabajaba en ella, me informó que en realidad se producía levadura para elaborar pan.

El siguiente hito de la excursión era el puente de Lobato sobre las vías del tren, con parada obligatoria para poder ver pasar bajo nuestros

J.M. Lacunza



pies algún tren de cercanías o mejor de mercancías, de esos largos, casi interminables, siempre espectacular su paso.

El siguiente tramo era una suave bajada hasta Lezo, adentrarse hasta la plaza del pueblo y a la altura del Santo Cristo coger a mano izquierda, donde a pocos metros había una fuente donde era obligado, cómo no, dar un trago de agua antes de empezar a subir las primeras rampas del monte en cuanto se dejaban atrás las pintorescas casas.

El primer tramo del ascenso era un sendero que conducía hasta un pequeño depósito de agua desde el cual ascendiendo por una pista se llega hasta el punto donde coincide con la carretera.

A partir de aquí el resto del camino lo hacíamos por carretera ya que el tránsito de vehículos (estoy hablando de mediados los años 50) era mínimo, casi inexistente.

Una parada obligada en el caserío Kabite con almuerzo para reponer fuerzas y después de poco más de un kilómetro llegábamos a las campas donde se montaba el "campamento" para pasar un día de total disfrute.

Pasan los años, la vida continúa, la excursión a Jaizkibel, ahora con mis hijos, se vio modificada por el acceso al automóvil de las clases trabajadoras. Ello permitía llegar a las campas del Jaizkibel mucho antes y con menor esfuerzo. Como compensación prolongamos los paseos familiares hasta la línea de costa, preferentemente hasta la zona del "Molino" o de "Malarranas" entornos protegidos del embate directo del mar y que permiten el baño con aceptable seguridad.

También hemos "vivido" el Jaizkibel de otras formas (una mañanera, por ejemplo), ascendiendo directamente desde Lezo hasta el primer torreón y seguir el cresterío hasta Guadalupe, donde no puede faltar un buen caldo con un trago de vino y bajar a Hondarribi para volver a casa.

Han pasado los años, nos hemos hecho mayores, pero la atracción del Jaizkibel sigue intacta. A día de hoy lo seguimos disfrutando, el día de San Sebastián voy, junto con Mari mi mujer, a Guadalupe a tomarnos en la Cantina un pincho de chorizo y un caldito con un recuerdo especial hacia el aita que nos enseñó a querer a nuestro entorno y nos dejó hace ya algún tiempo.

J.M. Lacunza





(Foto: J.M. Lacunza)

